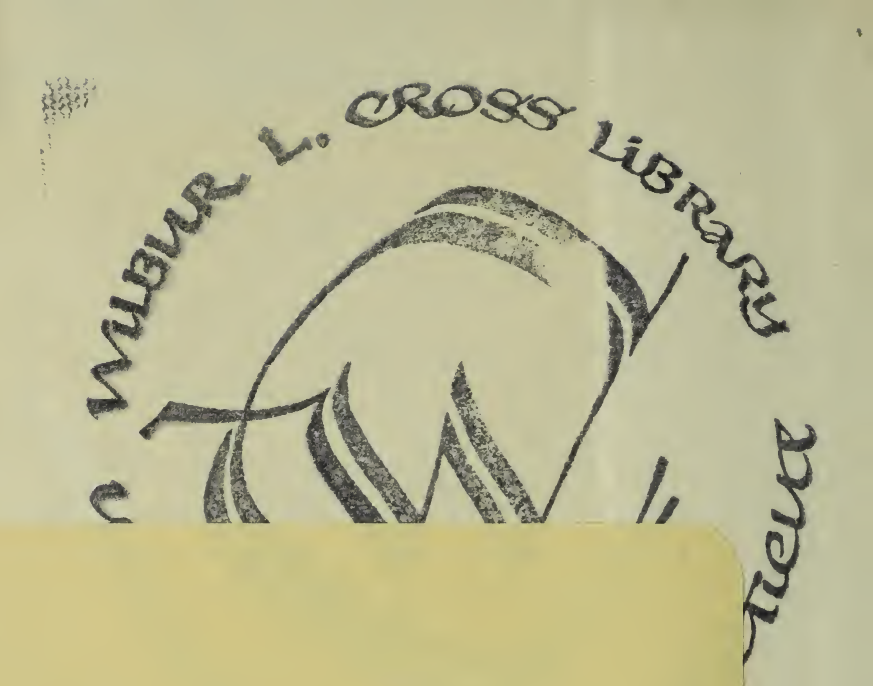



WILBUR L. CROSS LIBRARY


EMILIO
CARRERE
ROMÁNTICAS
Y OTROS POEMAS
DIBUJO
DE
DEHESA DE MENA
MVNDO
LATINO

ROMÁNTICAS

Y

OTROS POEMAS

EMILIO CARRERE

ROMÁNTICAS
Y
OTROS POEMAS

POESÍAS

XIV

EDITORIAL «MUNDO LATINO»
MADRID

Imp. J. Pueyo. Luna, 29.
Teléf. 14-30. — MADRID

. . .

Para el lector que tiene la gentileza de interesarse por mi labor de poeta, este libro puede ofrecer un interés de curiosidad íntima y documentaria. Es un libro malo, balbuciente, lleno de influencias. Es el primer puñado de poesías ingenuamente torpes.

Enrique Heine y Bécquer eran mis únicos ídolos de entonces. A través de ellos dije mis primeras palabras juveniles.

Para mí tiene un interés melancólico. Son mis primeros sueños, mis primeras inquietudes, la primera mujer a quien hablé con toda la emoción de un sentimiento inédito. Estos poemitas tan falsos, tan ajenos de mi manera actual, tienen el poder sortílego de despertar todos mis fantasmas subconscientes.

Surgen en mi memoria, como en un espejo en-

cantado, los plácidos recuerdos de entonces. ¡Frondas señoriales de los jardines, avenidas perfumadas de misterio, donde sonaba la voz idílica de los coros infantiles! ¡Aquella gentilísima silueta del vestidito escocés, el amor casi niño, la quimera de sueño de amor que ha tenido tanta influencia en mi vida sentimental! La vieja casa sola de la calle de Rodas, en el barrio manolesco, ante cuyos balcones cantaba mi juventud y mi lirismo, en las noches de luna. Los templos matinales en los que entraba en pos de la niña del vestidito escocés; las tardes de domingo invernizo, pasadas junto a su piano, donde ella evocaba el alma otoñal y divinamente romántica de Chopin. Aquellas alegres cenas de Pascua, tras de las que bailábamos y cantábamos hasta el amanecer. Los paseos de todas las tardes, en alegres pandillas, a la montaña del Príncipe Pío.

Todo este librito está lleno de la memoria de aquella adolescente, a la que no besé jamás. Pero en estas páginas apenas hace ella su encantadora aparición.

Toda mi emoción se frustraba, mis pensamientos se enredaban en las dificultades del estilo.

Era la desesperación de un ruiseñor mudo. Era incapaz de decir lo que sentía. Y nunca estuvo mi mente más preñada de amables fantasmas ni mi corazón se embriagó mejor con la pocsía viva del momento. Acaso, ahora, a tantos años de distancia, me fuera más fácil escribir aquellas emociones; pero, ¿no tendrían un sello de melancolía, un dejo de añoranza, un subrayado de desesperación? Aquella ingenuidad, aquella frescura de espíritu ha desaparecido definitivamente.

El alma se aferra a las quimeras y desdeña los realidades. Este amor infantil tiene celestes claridades en mi vida, está aureolado de un prestigio sobrenatural. Parece, a veces, que es un recuerdo de otra existencia anterior... tan puro, tan cándido, tan inmaterial florece en mi memoria. Tiene la rara sugestión de volver a crear idénticos estados de alma, y de embriagar con la inefable tristeza de los recuerdos.

Por un invisible hilo de luz, mi alma ha ido muchas veces al encuentro de su alma. Acaso en esos misteriosos viajes que realizamos durante el sueño, hemos vivido juntos una confusa existencia en alguna estrella desconocida. Y por eso es este agudo recuerdo, esta extraña angustia que

siento en vigilia cada vez que pienso en esta quimera lejana. En nuestra realidad, *yo sé que ella, al otro lado del mar, acaso alguna vez haya leído algunos versos míos, y tal vez la secreta y pueril intención de esta página es que el azar algún día la lleve ante sus ojos. Caprichos imaginativos, extravagancia de poeta, la necesidad íntima, tal vez, de tener en la vida la sombra de una Beatriz. Ella, en la plácida monotonía de su hogar, ya con un prematuro hilo de plata sobre la sien, acaso en este instante se inclina, amante, sobre una blanca cuna. Y a mi memoria llegan los versos desgarrados de Icaza:*

No quiero verla, no quiero;
será tan triste encontrarla
con hijos que no son míos
durmiendo sobre su falda.

Tales íntimas y confusas sensaciones surgen al releer estas páginas, ingenuas, ramplonas, desgarbadas de mi primer libro. Son los fantasmas del subconsciente que se yerguen sentimentales e irónicos, con la alegre cantata de la juventud, en esta hora que empieza a ser crepuscular.

Yo no hubiera exhumado este librito falso, mediocre, lamentable, tan lejos de mi estética actual. Es una ofrenda para los coleccionistas, para los que quieren conocer la obra total, sin respetar pudores ni equivocaciones. Ya he confesado que el libro es malo, pero también diré que para mí tiene un encanto que no tienen los otros: el de hacerme recordar, vivir otra vez *la época más amable de mi vida. ¡Entonces apenas tenía yo veinte años!*

E. C.



POESÍA-PRÓLOGO

Me ha hecho soñar tu libro, perfumado
con fragancias de amor y de tristeza,
cuyo fondo es un cáliz de pureza
y hojas de luz el verso delicado.
Poeta del dolor suave y callado,
de la muda y sutil melancolía,
de la ilusión, capullo de alegría
que en silencio y temblando se desflora;
del triste que sonríe en su agonía
y de la virgen que sin llanto llora,
has sabido verter en copa de oro
el licor aromado de tus sueños

para que labios de mujer, risueños,
al aspirar el líquido tesoro,
apaguen poco a poco su sonrisa
y suspiren con trémolo doliente
cual se apaga una lámpara, indecisa,
cual mueren en el arpa lentamente
las notas que semejan una risa.
Es, poeta, tu voz, blando gemido
que llena el corazón más que el oído
y al corazón que llega lo entristece;
tiene el encanto del rumor perdido
con agonía trémula, y parece
la quejumbrosa voz de un ser querido
que, enfermo de tristeza, desfallece.
Desdeñando la luz y la alegría,
buscando en la penumbra la poesía,
buscando en el silencio la dulzura,
¡con cuánta languidez mueve las alas
y pasa por el alma, rumorosa,
dejando allí la esencia de sus galas,
de tus versos la triste mariposa!
¡Mariposa de amor, de alas de rosa,
de alas de nácar, seda, terciopelo!...

¡Amor, amor!... ¡Ventura misteriosa!
¡Mariposa del cielo!...

En ti, flor inmortal, amor eterno,
en ti este libro, de tu esencia henchido,
melancólico y tierno,
como una pasionaria ha florecido.
Ama la oscuridad, desdeña el ruido,
se aleja de la luz, busca el invierno...
y en el rincón donde la vida es triste,
allí donde con lágrimas florece
esa virtud con que el hogar se viste,
allí donde se nubla la alegría,
allí donde la vida se oscurece,
allí vuela ¡oh poeta! tu poesía,
allí llega con ala rumorosa,
allí busca su flor, allí se mece
de tus versos la triste mariposa!

J. Ortiz de Pinedo.

TEDIO

Por fin, te dí al olvido
y ya flota confusa en mi memoria,
con la tristeza del placer perdido,
de nuestro amor la extravagante historia.

Hoy ya no pienso en ti. ¡Suerte completa!
Ya olvidé mi amoroso devaneo.
Cómo mucho, la vida no me inquieta
y duermo bien desde que no te veo.

Pero, ¡ay!, el tedio con mi vida acaba,
y me abruma cruel melancolía...
Grande era mi dolor cuando te amaba:
¡pero al menos, sufría!



OLVIDO

IBA a partir. Al vernos aquel día
junto a la vieja cruz, por vez postrera,
se despidió llorando de mis brazos
y selló con un beso sus promesas.
....

Al fin la he vuelto a ver, y me ha indignado
verla alegre y risueña...
Mas si yo ya no lloro y tengo alma...
¡cómo ha de llorar ella!

DUELO A MUERTE

MIENTRAS en un rincón cavas mi fosa,
entona tu fatídico cantar,
canta, sepulturero, mientras abres
las puertas de la oscura eternidad.

Que se mezcle al doblar de las campanas
de los rezos el místico rumor,
que hoy con la Muerte, mi leal amante,
a celebrar mis desposorios voy.

Tras larga lucha, en un duelo terrible
exánime caeré;
son mis dos formidables adversarios
mi mismo corazón y una mujer.



LA PASTORCILLA

VAGA, llorosa, la pastorcilla
por la pradera, por la montaña,
canta una triste canción de amores,
y cuando ríe, ríe apenada,
y es que el primer desengaño
deja hondo surco en el alma.

Creyó en fingidas, dulces promesas
y hoy al ingrato la triste llama,

pero él no llega, como otras veces,
en sus pesares, a consolarla;
y vaga la pastorcilla
a solas con su desgracia.

Cruza los valles y las florestas
cogiendo mirtos y rosas blancas,
y dice alegre que son las flores
de su corona de desposada.
La gente dice: «Está loca.»
Yo digo: «Está enamorada.»

ANIVERSARIOS

Niños aún, el día de su santo
a sus virgíneas sienes pudorosas
le ceñía, tras un ¡te quiero tanto!,
una guirnalda de lozanas rosas.

Jóvenes ya, de aquel jardín ameno
por las floridas calles solitarias,
en el esbelto cáliz de su seno
prendí un ramo de tristes pasionarias.

Hoy, taciturno, el día de su santo,
aún las memorias del pasado vivas,
en su tumba, regadas con mi llanto,
dejo un ramo de humildes siemprevivas.



ANTE EL ALTAR

En torno de mi amada
se alzó de la calumnia el torpe acento,
y mi nombre y el suyo en triste lazo
rodaron por el cieno.

Una noche, ante el ara de María,
en el oscuro y solitario templo,
—Jura—la dije—que con torpe lengua.
los que dudaron de tu honor mintieron.

Absorta me miró, de viva púrpura
sus mejillas de nácar se tiñeron;
se echó a llorar, y dije arrepentido:
—No lo jures... ¡Te creo!



LA ULTIMA CITA

Eramos aún muy niños... Silenciosos,
en el vasto jardín lleno de flores,
¡cuántas horas pasábamos dichosos
soñando con amores
y risueños paisajes luminosos!

Jóvenes ya, cuando al morir el día
de la gótica iglesia derrumbada
en la puerta sombría

me citaba con voz apasionada,
un dulce «hasta mañana» repetía.

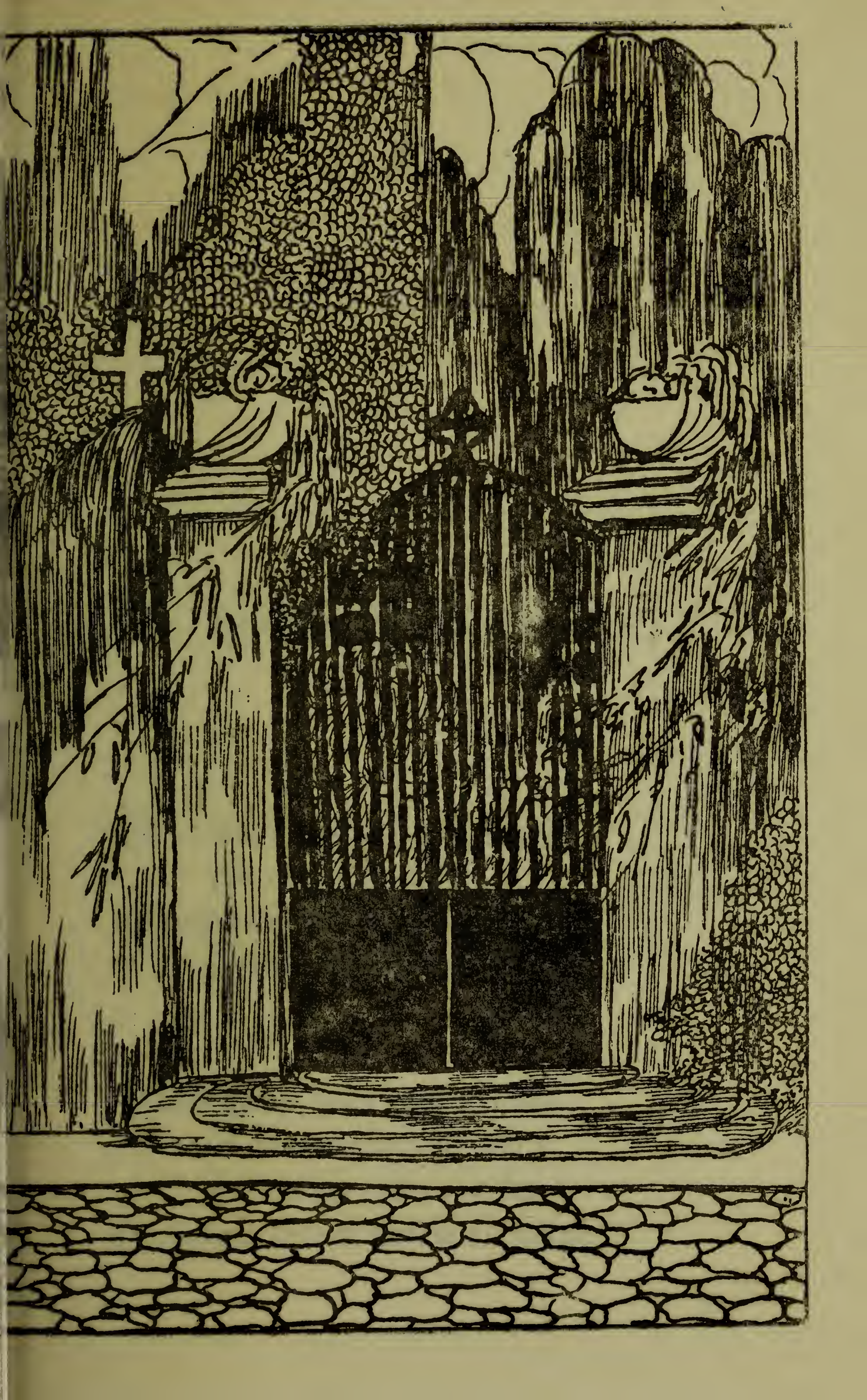
Una noche fatal, con triste anhelo,
ya de la muerte en el supremo instante,
como postrer consuelo,
clavó en mí su mirada delirante
¡y me citó en el cielo!

HISTORIA VULGAR

Ella era la mujer que yo adoraba;
él mi amigo mejor.
La traidora olvidó sus juramentos;
él pagó mi amistad con la traición.

Oculto entre las sombras de la iglesia
la nupcial ceremonia presencié,
y maldije llorando, y delirante
juré vengarme del amigo infiel.

Mas, después, la razón entró en mi espíritu
y me dijo: ¿De qué te has de vengar?
¿Se ha casado con ella? Pues entonces
estás vengado ya.





ULTIMA ESPERANZA

Le vi una noche lúgubre; vagaba
por el largo sendero
de viejos sicomoros, del callado,
ruinoso cementerio.

Le oí gemir, y su gemido triste
se unió al canto siniestro
que en los nichos vacíos
en confuso clamor alzaba el viento.

Y ví una luz extraña de sus ojos
en los cóncavos huecos;
en una sien tenía un negro círculo,
sangre manchaba aún su traje negro.

Me acerqué compasivo a aquel errante
melancólico espectro,
que al ver mi rostro, al rayo de la luna,
me creyó un compañero.

—¡Pobre sombra!—le dije,—¿a quién esperas?
¿Por qué con paso incierto
vagas, abandonando de la fosa
el apacible sueño?

Espero... a aquella que adoré algún día—
dijo el fantasma con helado acento—
y ante cuyos balcones una noche
me maté por dar fin a mi tormento.

Y hoy que vengo a rezar sobre la piedra
de mi sepulcro espero,
y que me traiga un ramo de amarillas
flores de cementerio.

—En vano esperas—dije—; ha largos años
que dentro de mi pecho llevo un muerto
y no llega la voz de aquella ingrata
para sacarle de su triste sueño.

Tú eres mi hermano en el dolor, ya nunca
volveremos a verlas, ¡pobre espectro;
la tumba del amor es el olvido,
¡nadie se acuerda de los pobres muertos!

. . . .

Sonó la media noche y escucháronse
cantos macabros y crujir de huesos,
y entre las sombras de los rotos arcos,
gimiendo siempre, se perdió el espectro...

EXEQUIAS

POBRE corazón enfermo,
y herido por el pesar.
Entre las cenizas de mis alegrías
lo voy a enterrar.

Por la noche de mi alma
sombrío el cortejo irá;
el largo cortejo de mis ilusiones,
que con él se van.

Y mis locas esperanzas
irán del entierro en pos,
y tendrán sus tumbas en la misma tumba
de mi corazón.

¡Pobre loco!.. Le ha matado
una amargura, un desdén,
¡y al llegar la hora de los rezos, nadie
rezará por él!

Mis ideas tristemente
dirán al verlo enterrar:
Era un pobre loco, y ha sufrido mucho.
¡Que descanse en paz!





IMPOSIBLE

POR qué te he conocido? La suerte irónica
en mi senda, de pronto, te presentó.
Tú eres fuego, yo nieve... No hemos de amarnos
nunca los dos...

Tú eres el rayo de oro de la alborada,
el sueño venturoso de la ilusión;
yo el triste desengaño con sus pesares,
la sombra yo.

Tu voz es el suspiro de tu alegría,
mi acento es el gemido de mi dolor;
nunca mi alma en sus horas de desventura
oirá tu voz.

Tú eres la blanca cuna con sus sonrisas,
la musa de los dulces sueños de amor...
yo el enlutado bardo de los pesares,
la tumba yo...

Tus cantos son las mieles de la ventura
que tu espíritu llena con su dulzor;
mis rimas son la amarga hiel que rebosa
mi corazón.

Sigue, niña, tu senda llena de flores,
mientras al fin del viaje camino yo...
Tú eres luz, yo soy sombra... ¡no hemos de amarnos
nunca los dos!...





FLOR DE LLANTO

CUANDO nubló la lágrima postrera
de Jesús la tristísima mirada,
en los divinos ojos de María
también brotó una lágrima.

Y una y otra, cual mística semilla
de una flor de tristeza y de nostalgia,
besáronse al caer, y de aquel beso
brotó la pasionaria.

PERDON

DESIERTO estaba el templo.
El altar, silencioso y apagado.
El órgano, callado;
aún parece que, humilde, la contemplo
rezando ante Jesús crucificado.

Ocultaban su rostro los primores
de calada mantilla;
¡recordé con dolor nuestros amores!

cuando ella alzó sus ojos soñadores;
me encontró frente a frente en la capilla.

La vi perder la calma,
y cubrirse su frente de sonrojos.
—¡Perdón!—dijo, y cayó ante mí de hinojos.
—¡Te desprecio!—exclamé; pero mi alma,
para verla, asomábase a mis ojos.

—¡Perdón!—volvió a decir con voz muy triste
por la emoción velada;
vi que empañaba el llanto su mirada...
y al fin la perdoné... ¡Quién se resiste
viendo llorar a la mujer amada!

CANSANCIO

Cuando la tarde sin rumor moría,
como un triste viajero
que buscase el reposo en un albergue,
a la puerta llegué de un cementerio.

Al umbral del alcázar de la muerte
me detuve un momento,
y en el vasto jardín de sepulturas
dejé vagar mis tristes pensamientos.

Un ruiseñor en un ciprés piaba..
a mi oído llegó rumor de rezos
y aspiré en el ambiente olor de cera,
y de flores marchitas, y de incienso.

El sol se hundía... El *Angelus* tocaron
en el cercano templo,
y sentí una emoción indefinible
de piedad y misterio.

Y al llegar a mi oído de la próxima
ciudad los roncos ecos,
contemplé con envidia la solemne
quietud del cementerio.

NO QUIERO DESPERTAR

Sé que sólo es un sueño, que la ingrata
se burla de mi amor,
que no comprende la ternura inmensa
de mi triste pasión.

Sé que es falso el solemne juramento
que pronunció una noche ante el altar,
que, aunque me dice halagadoras frases,
no me ha amado jamás.

¡Quiera Dios que, fingiendo que me quiere,
nunca me diga la cruel verdad:
aunque sea su amor tan sólo un sueño,
no quiero despertar!



ESTROFAS

Me agrada ver del pálido crepúsculo
al fulgor indeciso,
la triste silueta ennegrecida
de gótico castillo.

Me agrada contemplar en la alta noche,
entre el bosque sombrío,
el rústico lugar, lleno de luna,
monótono y tranquilo.

Me agrada ver al declinar la tarde,
en el agreste yermo,
el viejo campanario carcomido
de un ruinoso convento.

Me agrada oir, oculto entre las sombras,
al pie de sus balcones,
una voz de mujer, de un viejo clave
a los lentos acordes.

Me agrada ver cuando la tarde muere,
debajo de los tilos,
una rubia ideal de blanco traje,
cantando amores y tejiendo mirtos.

Me agrada ver surcar frágil barquilla
del claro lago las serenas ondas,
y oir lejano el eco cadencioso
de triste barcarola.

Me agrada oir cómo la lluvia azota,
en las noches de invierno,
los rotos arcos y las viejas tumbas
del derrumbado feudo.

Me agrada contemplar un cementerio
al amarillo rayo de la luna,
y los sombríos sauces que se inclinan
llorando hacia las tumbas.

MI ETERNO AMIGO

De mi infancia en las tardes soñadoras,
y en momentos de plácido reposo,
escuchaba sombrío largas horas
un niño silencioso
mis cantos y mis risas bullidoras.
. . . .

Cuando del baile me alejé cansado
por el jardín vagando enamorado,

a departir conmigo llegó un hombre
pálido y enlutado,
que hablóme de ella y pronunció su nombre.

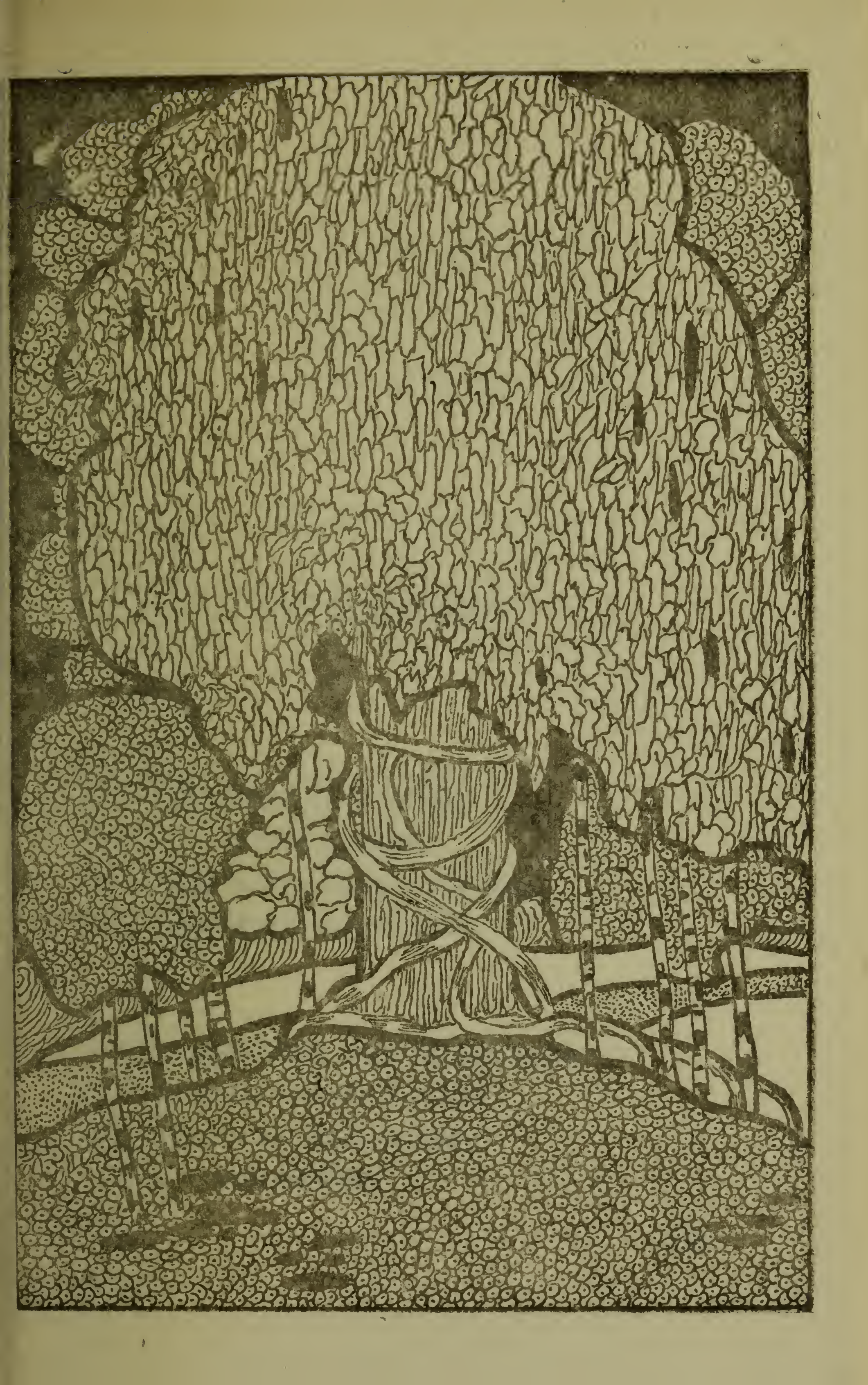
Una noche, que, amante desdeñado,
ante las rejas de mi antigua amada
gemía con el pecho destrozado,
oí gemir también al enlutado,
mi triste camarada.

Al declinar de un día obscuro y frío,
vi entrar a un hombre pálido, enlutado,
en mi cuarto sombrío,
y silencioso, se sentó a mi lado
y unió su amargo llanto al llanto mío.

Sobre mi frente la pistola, un día,
al borde ya del insondable abismo,
vi al rayo de la luna, blanca y fría,

que el enlutado aquel que me seguía
parecía el cadáver de mí mismo.

—¿Quién eres—dije al fin con ronco acento—
tú, que siempre me sigues macilento
con ese laconismo que me asombra?—
Y con delgada voz como un lamento,
me dijo el enlutado: «Soy tu sombra.»



NOCTURNO

Al sonar en la abadía
la media noche,
¡qué triste el bosque atravieso
recordando mis amores!

¡Qué triste oigo de las hojas
la suave canción extraña!
¡Qué triste, lejos de ella,
está mi alma!

El alto y añoso roble
de nuestro amor fué testigo,
y en su corteza grabados
están su nombre y el mío.

Junto al arroyo aquel día,
nos dimos el postrer beso,
y aún escucho en su murmullo
de su voz los dulces ecos.

Y los árboles copudos,
del bosque sonoras arpas,
de mis antiguos amores
el triste poema cantan.

Por eso, cuando la noche
tiende su medroso velo,
cruzo el bosque solitario
a solas con mis recuerdos.

INOLVIDABLE

El tiempo pasará; de tu cariño
tristes cenizas sólo quedarán,
y gustando la miel de otros amores,
ni aun de que existo yo te acordarás.

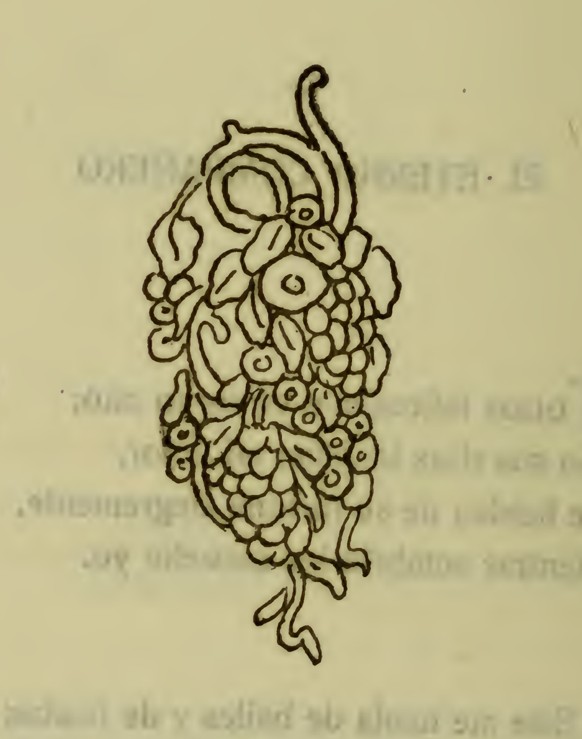
Pero, ¡ay!, aquella noche que insensatos
trocamos nuestro sueño en realidad,
aquella dulce noche que lloraste...
¿la podrás olvidar?

EL ETERNO COMPAÑERO

Todos felices son en torno mío;
con sus risas insultan mi dolor,
me hablan de su fortuna alegremente,
mientras sombrío los escucho yo.

Este me habla de bailes y de fiestas;
aquél, de las delicias del amor;
otro, de gloria, juventud, placeres,
y siempre triste los escucho yo.

Como ellos hoy, ayer fuí yo dichoso;
ellos mañana llorarán cual yo,
que de la vida en el viaje, siempre
en pos de nuestros pasos va el Dolor.



RISAS AMARGAS

Una tarde de octubre, pensativa
te vi cruzar el bosque solitario.
¡Hondo pesar de tu alma enamorada
ibas tal vez llorando!

Al hallarte conmigo, sonreíste,
queriendo disfrazar tu cuita amarga...
pero ¡ay! que tu sonrisa
era mucho más triste que tus lágrimas.

LA MASCARA

En un libro de amores de un lírico poeta,
en época lejana,
en delicados versos, leí que eran los ojos
el espejo del alma.

Pero en los bellos ojos de una mujer traidora
que, mintiéndome amores, una noche lloraba,
aprendí, a pesar mío, que sólo son los ojos
la careta del alma.

SU BODA

Vi casarse a mi adorada
del templo oculto en las sombras,
y por la noche asistí
al banquete de la boda.

Aunque me ahogaba la pena,
no me abandonó la risa,
e hice excesivos honores
a la espléndida comida.

Dije muy felices chistes
haciendo de ingenio gala;
todos a coro alabaron
mi buen humor y mi gracia.

Después, mirándola a ella,
brindé a su fortuna próspera...
e intenté ahogar mis pesares
en el fondo de la copa.

Bebí... y bebí... mas no pude
olvidar mi amor infausto,
y me dispuse a partir
para ocultar mi quebranto.

—No es nada—, dije—este pícaro
dolor que a veces me asalta;—
y todos me despidieron
sintiendo mucho mi marcha.

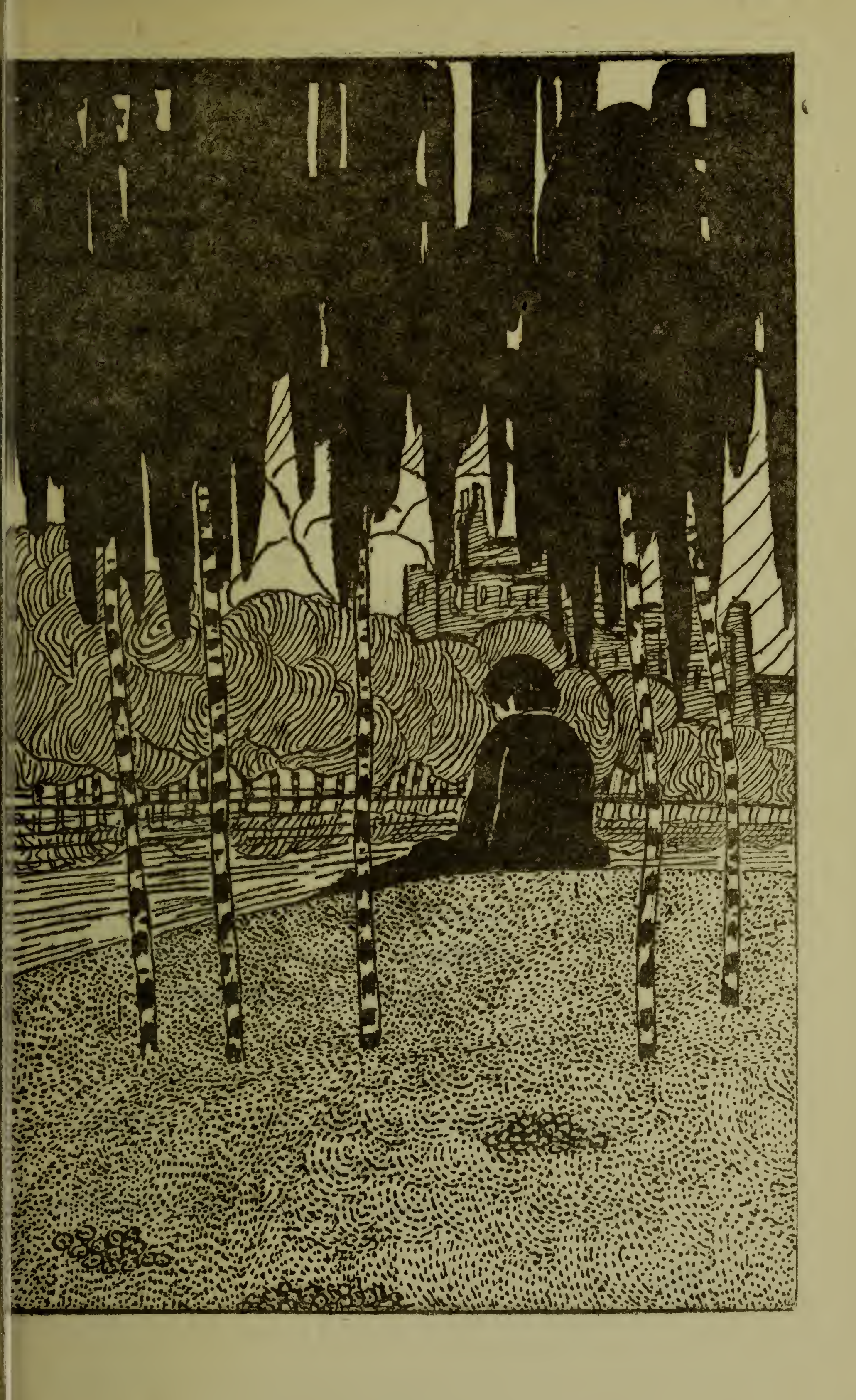
Y ella dijo, ella, que sabe
todo cuanto yo la amo:
—Es claro, no bebes nunca
y el *champagne* te ha mareado.



¡TRISTE EXPERIENCIA!

PROSIGUE tu camino, buen anciano,
pues de nada me sirven los consejos
que me puede brindar esa experiencia
que amontonó la nieve en tus cabellos.

Muy joven soy, pero también su escudo
tiene mi pobre corazón herido:
la experiencia que dan los desengaños,
y el hielo del hastío.





CREPUSCULO

A esta hora poética y sombría,
en ya lejano día,
junto a la vieja iglesia derrumbada,
llena el alma de ensueños de alegría,
esperaba a mi amada.

Cuando escuchaba en las desiertas naves
sus pisadas suaves,
anhelante esperábala de hinojos,

mudos permanecíamos y graves;
pero hablaban los ojos.

. . . .

En esta hora de solemne encanto,
oí con mudo espanto
de funeral esquila los clamores
y vi a la que amé tanto
en un blanco ataúd lleno de flores.

En estas horas breves y sombrías
de hondas melancolías,
desde un mundo distante,
como en aquellos venturosos días
llega la sombra de mi pobre amante.

Y cual dulce promesa realizada,
dice a mi herido corazón desierto,
con ansias de doncella enamorada,
que en su última morada
hay junto al suyo otro sepulcro abierto.

¡QUIEN SUPIERA BAILAR!

Nunca podrás quererme, ¡verdad ruda!
Tú no comprendes mi delirio amante.
Después de oirme hablar me crees sin duda
cursi o extravagante.

Mujer, a tu alma frívola le hastía
el amor grande de las almas tristes...
¡Si yo bailase bien, amada mía,
o hiciera, por lo menos, buenos chistes!...

ALMAS HERMANAS

PÁLIDA cantora de ojos dolorosos,
que olvidas la historia de tus sinsabores,
y rimas un cuento de tristes amores
de tu arpa a los blandos sones melodiosos.

Bohemia doliente, pálida enlutada,
que pides limosna cantando tu pena,
triste arrepentida, nueva Magdalena:
yo escuché una noche tu triste balada.

Tú gozaste un día del amor mundano,
sonaron tus risas en la loca orgía,
pero ya tu rostro perdió su alegría,
y reir intentan tus labios en vano.

Ruiseñor doliente, sin luz y sin nido,
como tú hay un alma que suspira inquieta:
el alma abatida de un pobre poeta,
que llora la ausencia de su bien perdido.

Triste enamorada de un sueño de amores,
sumida en eterna noche, silenciosa:
mi alma, cual la tuya, ¡pobre dolorosa!,
en vez de llorarlos, canta sus dolores.

SOÑANDO

LLORANDO desperté. Fué un triste sueño
que mis muertos amores evocaba,
y más solo que nunca me hallé entonces
en mi sombría alcoba solitaria.

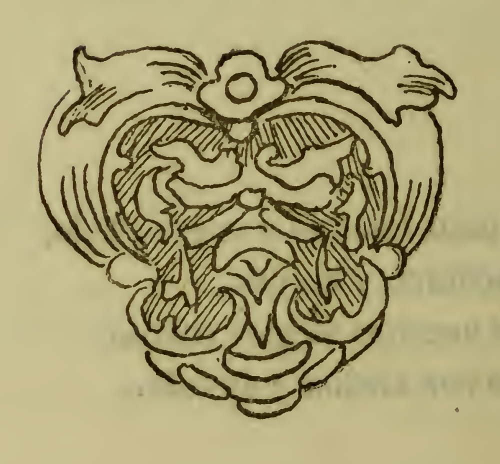
¡La he visto en sueños! Respiré su aliento,
mi alma oyó sus canciones y sus risas...
y aunque he sufrido mucho... yo os lo juro,
¡quisiera estar durmiendo todavía!

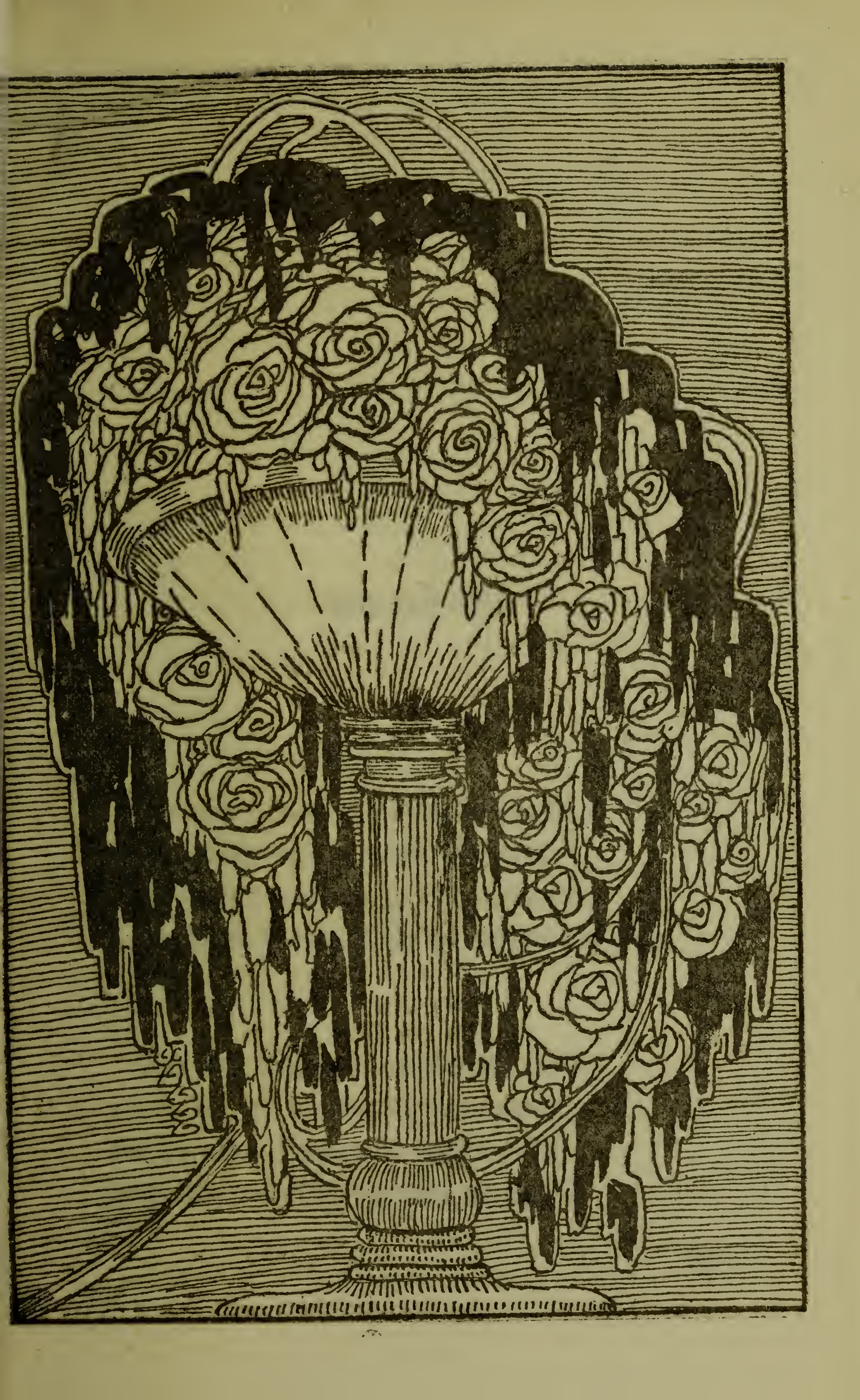
ALMAS SIN PERFUME

CUANDO paso sombrío a vuestro lado,
taciturno y lloroso,
interrumpís vuestras alegres charlas
y me miráis con lástima y asombro.

No me compadezcáis, hombres dichosos,
porque sin alegrías cruzo el mundo,
y no me río nunca, ni hago chistes
y eternamente sufro.

Prefiero la amargura de mi llanto
a vuestra risa estúpida...
yo sí que os compadezco, almas vacías,
porque no lloráis nunca.







DOLOROSA

Vi a una dolorosa y bella enlutada,
de dolientes ojos y rostro afligido,
en la oscura nave de iglesia olvidada,
llorando en la tumba de un muerto querido.

Una roja lámpara temblorosa ardía,
y a su luz, en medio del asilo santo,
con su blanca mano de jazmín tejía
guirnalda amarilla, húmeda de llanto.

Largo rato, inmóvil, miré conmovido
el dolor profundo de aquella enlutada;
pensé en la fortuna del muerto querido
que aún vive en el alma de su antigua amada.

¡Ay!, con cuánto anhelo trocado yo hubiera
por la de aquel muerto mi vida angustiosa,
para que a mi tumba con flores viniera
a llorar mi muerte mujer tan hermosa!





LA HUMILDE

La doliente Infanta, enferma de hastío,
en el viejo clave rima sus tristezas
o lee de su estirpe el cuento sombrío
que evoca en su alma remotas grandezas.

La dorada rueca dejó abandonada;
hila solamente tristes ilusiones,
y en las áureas cuerdas del arpa empolvada
no suenan las notas de alegres canciones.

Asoma a sus ojos romántico lloro
oyendo las quejas de los violines,
y su voz de ensueño suspira en el coro
cuando a media noche cantan los maitines.

Siempre acompañada de dueñas y pajes,
sentada en su silla bordada de flores,
contempla con ansia los bellos paisajes
que ríen delante de sus miradores.

Siempre hastiada y triste la doliente Infanta,
cruza del palacio los graves jardines,
y nunca se alegra ni sus dichas canta
cuando en los salones triunfan los festines.

Solamente un día se sintió dichosa,
y alegró la risa su faz peregrina:
fué cuando, olvidando su vida angustiosa,
la Infanta soñaba que era campesina.

IRONIA

DUDA de mi cariño... La traidora
se burla de mi afán.
Dice que solamente es un capricho
que el tiempo borrará.

¡Sólo un capricho!... Más que sus desdenes
me atormenta su irónica crueldad.
Duda de la verdad de mi cariño
¡y me ha visto llorar!

CONTRASTES

Ella ante todo es práctica
y nunca le domina el sentimiento,
y yo estoy algo loco y tengo sólo
un caudal de ridículos ensueños.

No podemos amarnos:
aunque amargo pesar sienta al decirlo,
es su alma muy pequeña y no comprende
la grandeza ideal de mi cariño.

Pero tiene razón; ¿a qué inquietarse
con vanas y románticas tristezas,
cuando es mejor gozar de los placeres
de la mundana fiesta?

Y aunque no sienta nunca
del verdadero amor la augusta llama,
lo esencial es reir y divertirse;
cuando se come bien, ¿qué importa el alma?

LA NOCHE DE SAN JUAN

La vi en la verbena
entre luces, risas, cantos y fragancias,
y de aquella noche de San Juan, bendita,
¡qué dulces recuerdos conserva mi alma!
. . . .

Era alegre noche
de fiesta y de danza;
llenaban las calles los sonoros ecos
de las serenatas

y se oían coplas de dulces amores,
y vibraban lejos las tristes guitarras.

Al pie de su reja
cubierta de rosas, nardos y albahaca
la dije lo triste
que estaba mi alma
soñando venturas
que nunca lograba.

La hablé de risueñas quimeras de gloria,
de vivir en una casita muy blanca,
¡querido altarito de amores del cielo
que yo adornaría con flores de mi alma!
Feliz y llorando
me marché a mi casa;
que también la dicha
nos arranca lágrimas.
. . . .

¿Dónde está la virgen
con quien yo soñaba?
Ya está sola y triste
su blanca ventana.
Ya en obscura tumba
cubierta de tristes flores solitarias
su sueño postrero
duerme mi adorada.
. . . .

Es alegre noche
de fiesta y de danza.
Suenan en las calles los sonoros ecos
de las serenatas,
y se escuchan coplas de dulces amores
y a lo lejos vibran las tristes guitarras.
. . . .

¡Qué triste verbena!
¡Para mí no hay cantos, risas ni esperanza!
¡Tan sólo un recuerdo negro y doloroso
llora en la sombría noche de mi alma!

¡CANTAD, OBREROS!

CANTAD, obreros!... La brillante aurora
alumbra vuestros negros horizontes,
y, cual trompa sonora,
desde las crestas de los altos montes
al fértil valle que el arroyo baña,
dice un eco potente y altanero
que la resurrección de nuestra España
está en los brazos del humilde obrero.

¡Cantad!... Cual los de un día tejedores
de la Silesia impura
entonaban sus cánticos mejores
en sus horas de oprobio y amargura
y tejían aquel funesto manto
sudario de sus fieros opresores...
Las vírgenes, en tanto,
entonando sus cántigas sonoras,
busquen la flor del héroe por la umbría,
que ornará vuestras sienes vencedoras
en ya cercano esplendoroso día.

Vosotros, héroes grandes ignorados,
de vuestro hogar pacífico alejados,
del sol a los primeros rayos rojos...
¡con qué dulce alegría
contemplan extasiados vuestros ojos
al tierno niño y a la esposa amada,
cuando al morir en el ocaso el día
regresáis a la choza abandonada!

¡Cantad, obreros!... El trabajo es fuente
de dulce calma y venturosa vida;
más noble es del obrero la alta frente,
de la ventisca en el furor curtida,
que la del grande, pálida y ajada,
en crapulosa fiesta encenagada.

¡Cantad! Que vuestras férvidas canciones
lleguen del alma a la risueña playa,
y se alce en los dormidos corazones
un ideal que se retuerce y calla;
que el noble grito de ¡Trabajo y Gloria!...
como sangriento sol, surja a lo lejos,
y de los hombres la Deidad de escoria
en pavesas se trueque a sus reflejos...

¡Trabajad, trabajad! La madre tierra
el pan del pobre en su regazo encierra,
y al que trabaja con fervor profundo
la paz le brinda venturosa calma,

y se ensanchan, al par que los del mundo,
los vastos horizontes de su alma.

¡Trabajad!... ¡vive Dios!... Firmes, prolijos,
llenos de fe vuestros honrados pechos,
que es el trabajo el pan de vuestros hijos
y la insignia de todos los derechos.

¡Cantad, obreros! En cercano día
alumbrará vuestra risueña aurora,
y, cual trompa sonora,
de la caverna tétrica y sombría
a la vieja montaña,
dirá un eco potente y altanero
que la resurrección de nuestra España
está en los brazos del humilde obrero.

ALUCINACIÓN

POR no poder olvidarla
metí una bala en mi sien,
y a mi ataúd, amorosa,
se acercó mi amada infiel.

—Te amo—exclamó—, ven conmigo;—
y al hechizo de su voz
de su hondo sueño de muerte
mi corazón despertó.

¡Pero otra vez me ha burlado
su boca, flor de crueldad!
Me resucitó tan sólo
para volverme a matar.

Al despertar vi a la lívida.
Locura, tras mi vitral...

SALUTACIÓN TRIUNFAL

I

SALUD, preclaros varones, que ha elegido la fortuna
para añadir nuevos timbres a los laureles hispanos,
que hoy retornáis vencedores de la muerte de los odios de la
[feroz media luna
como en un viejo romance de moros y de cristianos.

¡Salud al noble soldado, salud al fuerte guerrero!
En el triunfo de las trompas y los tambores, oíd

cómo riman vuestras almas al compás del Romancero,
y se cubre de una flora nueva el sepulcro del Cid.

¡Salud a los que pusieron el prestigio de los patrios pabellone
sobre la tierra africana, que abrasa el odio ancestral!
¡Salud, preclaras banderas de las brillantes legiones
que conocen de la gloria el áureo beso inmortal!

¡Oh amor de la gloria!, musa del mármol y del cincel,
tu amor en el corazón es alado, dulce y fuerte.
¡Oh el ensueño de la gloria, y el siempre verde laurel,
tus clarines son los únicos vencedores de la muerte!

II

¡Fuertes brazos, pechos nobles, arrancados a las humilde
[tarea
de la vida de las fábricas, del eglógico vivir de las aldeas,

que de súbito supieron del horror y la tragedia, y allí mismo
cabalgaron el divino pegaso del heroísmo!

Porque en su sangre tenían la semilla de cien sangres vic-
[toriosas
y en el alma, como un astro, la leyenda milagrosa de la casta,
y sabían de aquel tiempo de las espadas gloriosas
que decían en su puño: Soy de un español... y basta.

Sabían que eran los nietos de aquellos conquistadores
que al escudo del solar dieron un rico florón,
a los que echaban, las bellas, flores de sus miradores,
y que aún alma todo ensueño unían la bizarría de sus garras
[de león.

¡Alma hispana! Toda ardiente de visionarios anhelos,
que entrelazas el ensueño y el heroísmo en tu mote.
¡Salud, guerreros de ahora, que saben que sus abuelos
son el Cid y Don Quijote!

III

¡Oh la carne del pueblo pródiga, que se ha vertido en car-
[mines
de heroísmo! ¡Bien mereces del romance y los clarines!
Aun olfatean los pájaros de la muerte tu semilla
en el trágico dolor de los campos de Melilla.

¡Salud a los que regresan vencedores a la nativa heredad
que han hecho la santa ofrenda de su carne y su dolor;
en el hogar, al retorno, habrá una gran claridad,
y los labios de la amante se les brindan todos rojos, como
[una brasa de amor

¡Llegan ungidos, cubiertos por los laureles triunfales,
como adalides de Gesta, bienquistos de la victoria!
¡Salud, insignes banderas de los fastos inmortales,
que sois las páginas vivas, oro y sangre, de la Historia!

¡Salve, guerreros de ahora, que ha elegido la fortuna
para añadir nuevos timbres a los laureles hispanos,
que hoy retornáis vencedores de la muerte, de los odios de la
[feroz media luna,
como en un viejo romance de moros y de cristianos!



LA ARAGONESA

Es noble y franca y firme como el Pilar la moza
de Aragón. Sabe a campo y a paz y huele a heno;
y el triunfo del carmín en su rostro moreno
evoca el vino heroico vertido en Zaragoza.

Su alma es igual que el alma de la jota. Y en ellas
el amor y el terruño tienen cantos triunfales,
y así, vibran en hondas rapsodias pasionales
o rugen al recuerdo de viejas epopeyas.

Es pomposa y ardiente. Su escultura carnal
da una emoción de vida profunda y maternal.
Es fuente de infinita ternura en los amores

y sabe del egregio laurel de la heroína;
y así, ama con la hondura de amor de la Dolores
y muere con el gesto glorioso de Agustina.

A LA TERMINACIÓN DE UN BANQUETE

UN banquete a un poeta. ¡Paradoja genial!
Heliogábalo nunca fué amigo de la lira
ni cegó a Gargantúa la luz del ideal.

Esto es una verdad que parece mentira,
y desde hoy, en mi Olimpo, añadiré otra hermana
a las sagradas nueve, una musa liviana
y jocunda y a un tiempo dama de condición;
París la llama musa de la Alimentación.

Quise dar a mi pobre libro de vida inquieta,
con la jácara, un poco del alma del poeta,
y entre lo pintoresco y lo sentimental
una lágrima oculta cayendo hasta el final,
una lágrima noble por esas pobres vidas,
en la tragicomedia del fracaso perdidas;
por los locos del arte y por los que se fueron
sin dejar de sus sueños una egregia memoria,
y por los que en la muerte una noche se hundieron
soñando con las alas lejanas de la gloria.
Figuras del retablo de la lucha inclemente
de la que acaso yo soy un superviviente.
Bohemia legendaria de famosos encantos,
sus adeptos le ofrendan juventud, corazón.
¡La Bohemia es un ara, porque tiene sus santos,
sus locos y sus mártires como una religión!
Titiriteros tristes, poetambre doliente,
nautas de lo imprevisto y de la vida inquieta
son los inadaptados que llevan en la frente
visionaria el airón de Cyrano el poeta.
Yo quise en estas páginas haceros sonreir,
y a veces también daros un poco de emoción,

y que bajo el estilo, se escuchase latir
como una fuente oculta mi propio corazón.

Y bien: esta lubina realmente extraordinaria,
todas las fantasías del arte culinario
y en las copas el vino, cual vivo de carmín
es en su honor, por esa gallofa atrabiliaria
de mis héroes, intrépidos nietos de Tartarín.
Vedlos cuál piruetean y surgen de las hojas
del libro haciendo versos y urdiendo paradojas.
Son hijos de mi mente y también de la vida,
que ha sido mi más fiel y ubérrima querida;
ved cuál os da las gracias el bravo don Uriarte
de Pujana, el más loco de los locos del arte;
y Amber el luchador, cuya alma es una fragua
donde forja sonetos y teje fantasías,
que almuerza musarañas, casi todos los días,
y es de los más curtidos bebedores de agua;
y Rubín de Nombela con su bohemia traza,
que se duerme a la luna, en la pública plaza;
pero, arquitecto insigne, va urdiendo su palacio
con las nubes de oro que cruzan el espacio.

Y yo reconociendo por vuestra gentileza,
¡oh florido concurso del arte y la realeza
del talento! Os estrecho en esta hora cordial
en un vivo y ardiente nudo espiritual.



OTROS POEMAS

LA CAPEA

TRAGEDIA obscura y bárbara. La plaza de la aldea
hierve de sol y mosto... Es tarde de capea.
Una turba, que huele a sudor y a zamarra,
aúlla sobre los carros con las varas en alto.
Un torerillo hambriento quiere ganar de un salto
la barrera... Un silencio. Se oye cómo desgarra
la carne palpitante el cuerno. Como un trapo
queda en la arena, envuelto en el rojo guiñapo
del joyante capote. Se oye un clarín sonoro,
y todo el mundo aplaude la bravura del toro.

Los mozos, empalmada la faca cabritera,
pinchan las manos del que se agarra a la barrera.
Las mujeres palpitan de una lujuria extraña
al olor de la sangre. El sol arde en sus venas
y embriaga como el vino a estas hembras morenas.
Sangre, lujuria y sol. ¡Panderetas de España!
El torerillo herido sonríe.—Este chaval
pronto será una gloria nacional—
dice el cacique, orondo y majo; otro jalón
para dar honra y brillo a la Nación.

Después, por los caminos, a la luz de la luna,
rumiando locos sueños de amor y de fortuna
—¡oh, el amor de las hembras, la gloria y la riqueza—,
van los toreros. Sobre su trágica pobreza
de parias, pone un velo divino la ilusión.
El herido se queja. —Me ha dado un cornalón
de caballo.— Otro canta una copla gitana,
y al oir del que sufre el gemir lastimero,
piensa mientras se ciñe su capotillo grana:
—Más cornadas da el hambre—ha dicho el «Espartero».

RESURREXIT

Tú, que subiste al cielo
desde el cadalso de la cruz,
ayúdame a salir de la sima siniestra
y envíame tu gracia, como escala de luz.

Yo estoy crucificado
en el pecado, en el dolor;
mi carne es una hirviente gusanera
que sueña una Pascua de Resurrección.

Desde las sombras del abismo
mi voz llega hasta ti;
me devoran las larvas de todos los pecados,
la pena de la vida y el horror de morir.

¡Qué tinieblas tan densas
pesan sobre mi corazón!
Cada día que pasa corre un telón de sombras;
en mi cisterna nunca cae un rayo de sol.

Ríe la Primavera;
llevan las niñas blancos trajes de comunión,
y las palmas flamean bajo un azul de gloria
y cantan las campanas de la Resurrección.

Tú, que a Lázaro ungiste
con tu gracia celeste, y revivió,
haz el milagro de que yo despierte
de entre las ruinas de mi corazón.

Desde el fondo sin fondo de mi abismo te invoco;
Príncipe del Milagro, Lirio de Nazaret;
mírame entre los monstruos de mis negras pasiones
y haz que mis labios negros puedan rezar. Amén.





DIETARIO SENTIMENTAL

LLORAN los campanarios de toda la ciudad;
sus lágrimas de bronce caen en mi soledad.
¿Qué manos invisibles voltean las campanas,
que suenan, en la noche, medrosas y lejanas?
Nadie en la calle... Sombra, densa y horrible sombra;
el alma se emborracha de tinieblas. Distante,
parece que hay un dulce acento que me nombra...
Es que sueña mi oído. La luz parpadeante
de los faroles guiña como vieja ramera.
Tengo miedo. Parece que hay alguien que me espera,

invisible, en la sombra; vagas formas astrales
asoman a mi paso sus rostros irreales.
En cada puerta hay un fantasma; en cada puerta
me ataraza una mano esquelética y yerta.

Es la noche, la bruja Noche, la nigromante
del gran manto de estrellas. La maga alucinante
que yo he amado tanto, que devoró mi vida
con su fiebre insaciable de vampiro sabático.
Venus negra que embruja con su filtro lunático.
La noche vasta y lúgubre fué mi peor querida.
Lloran los campanarios de la ciudad. Mi paso
me lleva, por las calles torcidas, al acaso.
Como todas las noches en esta hora de calma
mi alma huye de mi cuerpo, mi vieja y triste alma.
En la honda pesadilla de la noche, una estrella
brilla sobre mi frente. Yo pienso: ¿será ella?
¿Las almas de los muertos vuelan a los luceros?
¿Desde qué sol remoto ve mi vida de horror?
¿Sabrá que voy buscando los ocultos senderos
donde sólo hay dolor, dolor, dolor?...

Yo la besé en la frente... Toda mi juventud,
mis sueños y mi gloria se iban en su ataúd.
En la alcoba mortuoria había un denso hedor
de fiebre y medicinas. ¿Era aquello mi amor?
Entre las cuatro tablas su belleza fragante
sonreía. ¡Oh dolor de aquel trágico instante!
Flores sobre su cuerpo... Y oculto entre las flores,
mi retrato, y mis cartas y mis versos primeros.
¡Las ingenuas reliquias de mis pobres amores,
la historia juvenil de mis versos sinceros!
La suerte no me ha ahorrado ningún dolor. Ahora
espero tristemente a que llegue la hora...
Algo bajo la tierra tira de mí. Algo mío
con su cuerpo en la tumba se estremece de frío...

¡Oh, noche inolvidable! La luz de los hachones
rielaba en las vidrieras. Se oían las canciones
de las gentes alegres. Y la noche vernal
desleía en el aire su fragancia nupcial.
Yo lloraba, lloraba, pues Dios le quiso dar
a mi pena el consuelo divino de llorar.
Mujeres enlutadas, rumor de voces. Denso

cansancio en el espíritu. Sombras de pesadilla...
El olor de las rosas se fundía al intenso
olor de su cadáver. A la luz amarilla
de los cirios, veía pudrirse, con horror,
la boca que besé con locura de amor...
Después, la negra caja se cerró...

En su ataúd,
abrazada a sus huesos está mi juventud.





EL CARNAVAL SE DIVIERTE

El Carnaval se divierte
bajo su antifaz de raso,
y en su torno suena el paso
de la Muerte.

Gocemos de la hora loca,
que el torvo dolor destierra;
pronto tendremos la boca
llena de tierra.

Serpentinas y sonajas,
besos y alegres canciones;
después caerán los terrones
sobre las cajas.

Hondo mar de la conciencia,
satanismo del saber...
Vale un beso de mujer
toda la ciencia.

Dadme un minuto de gloria
y una hora de juventud;
todo será, luego, escoria
dentro del negro ataúd.

Mujer, besa con amor
mi frente, para ahuyentar
este incurable dolor
de pensar.

Banal Colombina, alegra
la hora, con tu loca danza
mata la voz de mi negra
desesperanza.

Arrástrame en tus locuras
con esta manía vana
de filosofar a obscuras
sobre el ayer y el mañana.

Gozad la hora pasajera,
blancos senos, labios rojos,
perfumada cabellera...
la bruja luz de unos ojos.

El Carnaval se divierte;
con su disfraz medioeval
se pone a bailar la Muerte
las noches de Carnaval.

Por la Musa del Champaña
nuestro dolor de poetas
hace absurdas piruetas
con un puñal en la entraña.

Gocemos de una hora loca,
que el torvo dolor destierra.
¡Pronto tendremos la boca
llena de tierra!





VISIÓN ROJA

La Humanidad está loca. Por Dios y por el diablo
atiza sus hogueras y clava su puñal;
nunca faltan exvotos en el rojo retablo
del Crimen donde enciende su antorcha lo Fatal.

En las simas del alma se agazapa la furia
triunfante de Caín, que hace el dolor eterno,
y también se emborracha de sangre la Lujuria.
¡Nuestra Señora del Infierno!

Por todos los iconos ha manado a raudales
la sangre. Es una roja pesadilla la Historia.
Tienen manchas de púrpura todos los ideales;
trae rojas las pezuñas el corcel de la Gloria.

Todos los fanatismos afilan sus espadas
y las larvas del odio salen de su cubil,
cuando los asesinos matan a puñaladas
y la Justicia en el garrote vil.

Un torrente de sangre fluye desde el primer
minuto de los siglos, aullando de dolor;
se mata por la fiebre sensual por la mujer;
se mata por la histriónica quimera del Honor.

La Humanidad está loca. La palabra de luz
del Cristo, en nuestra arcilla malogró sus simientes.
La Humanidad, borracha, duerme al pie de la cruz
con el cuchillo entre los dientes.

AMBIENTE

El alcohol, la lujuria, la ruleta!
Está la picaresca corte de los milagros en todo su esplendor;
en los ricos palacios del Azar, la raqueta
es buena sembradora de dolor.

Es el círculo mágico donde bailan los números y ríe la Lo-
[cura
rojas constelaciones de maligna influencia:
tras de los ríos de oro van mares de amargura
y un fantasma sangriento se asoma a la conciencia.

Mas todo es elegante. Músicas y perfumes,
pases de «baccarat» y cocaína,
a los ritmos de un «fox» la vida se consume
del «dancing» nocherniego a la luz opalina.

Lesbia fuma kedives; luce el barón de Lesbos sus ojeras mo-
[radas;
arde el fuego satánico de los raros amores:
hieden rojas Gomorras en las bocas pintadas
y se encrespan Sodomas en la hora epiléptica de los turbios
[ardores.

Laberinto diabólico de la loca Fortuna:
rueda alegre la bola; tintinea el dinero y galopa la vida;
más tarde, en el jardín, a la luz de la luna,
brilla un punto el revólver de un suicida.

Van íncubos y súcubos en loca bacanal;
el caballero Venus hace un guiño a la inquieta,
clásica Safo. Alegre Carnaval
donde el amor se cambia la careta.

Las manos del fullero preparan con los naipes la argucia te-
[nebrosa
¡oh terrible Tarot!—donde todo se pierde;
esinos de frac, con la browning dispuesta guardan la pode-
[rosa
ısonería del tapete verde.

Se dispersa el caudal, se desgarra el honor y se engendra
[el dolor,
s larvas sanguinarias de las malas pasiones han saltado su
[dique,
: vez en cuando el Hambre se anuncia al resplandor
e una pistola bolchevique.

EL POETA CAMIN

Bravo Camín. Tú verso es un bajel pirata
con el velamen lírico preñado de armonía;
como un haz de centellas tu musa se desata
y vas como un sonámbulo ebrio de poesía.

Tú eres fuerte, poeta; has vencido al Dragón
de la vida vulgar, cotidiana y rastrera,
y tu emblema orgulloso flamea en tu pendón:
—Crear un bello verso vale una vida entera.

Bravo astur con el alma luminosa de América
que tienes de la vida una visión homérica,
de la Dama poesía gentil juglar hispano,

apresta a la defensa de tu Blanca Madona
del caballero Ercilla la fulgente tizona,
la lanza del Quijote y el airón de Cyrano...

AL POETA ERNESTO LÓPEZ PARRA

POETA: si prefieres el laurel a las rosas,
vuela hacia su palacio de ensueño. Ella te espera.
¡Feliz tú si la gozas en plena primavera!

Igual que algunas reinas crueles y fabulosas,
con sus besos vampiros, va destrozando vidas,
y llena sus mazmorras de locos y suicidas.

Sé tú el dominador de la cruel dragonesa;
que tus sueños de gloria granados puedas ver;

mas si el lauro de oro algún día te pesa,
vuelve tu pensamiento a un nombre de mujer.

Tu novia adolescente, fragante de azahares,
que habla un lenguaje ingenuo, dulce como la miel,
sabrá enjugar tus lágrimas y aclarar tus pesares.
Los labios de tu amada valen más que el laurel.

SINFONÍA BLANCA Y ROJA

TRAS la ola roja del bolcheviquismo
Cristo vendrá;
veinte siglos de crímenes y turbio sensualismo
purga la Humanidad.

La horda de miserables que sus tragedias llora,
bienaventurada será;
tras los rojos apóstoles de ahora,
los arcángeles blancos advendrán.

Al correr de la rueda de la Historia,
la hora de Dios tenía que llegar;
tras las ensangrentadas tizonas de la Gloria
brillan las hoces de la Paz.

El altar del Icono, cruel y desalmado,
en polvo a los abismos rodará,
y cuando no exista un soldado,
Jesús vendrá.

Esta bola del mundo se ha abierto de repente;
¿qué monstruo parirá?
Todas las viejas normas se hunden en la corriente
ciega y fatal.

Los suntuosos Imperios llegaron a su ocaso;
el Manas luminoso sigue el rumbo solar;
no es el Destino un loco capricho del Acaso;
la ola roja tenía que llegar.

Todos los que laboran, los que sueñan y gimen,
a la diestra de Dios se sentarán,
cuando la Humanidad purgue su crimen
de fanatismo y de crueldad.

La legión de los parias que ahora enciende sus teas,
al monstruo, ebrio de oro y sangre, matará;
hay bajo el rojo légamo sembradura de ideas
y una aurora espiritual.

A MARIA DE LA PAZ

MARÍA de la Paz, sobre tu vida clara
el ángel de tu nombre tiende un vuelo ideal.
¿Por qué hiciste este libro, que es una gema rara,
tan lleno de una angustia honda y sentimental?
  María de la Paz, la de los claros días
y el alma sin tormentas y sin melancolías,
la de las noches suaves nevadas por la luna,
tú, cuya vida entera fué una canción de cuna,
rosal que vió cubrirse de botones sus ramas
—blancas rosas de carne del maternal rosal—,

¿por qué hiciste estas prosas, donde gimen las llamas
de un amor tumultuoso y pasional?

Por tu libro, breviario de un amor muy humano,
cruza como un murciélago un temblor wertheriano,
tiene angustias de celos, infiernos de pasión,
hay una carne ardiente que trema de emoción
y un alma que se expande lo mismo que un perfume,
mientras la arcilla, loca de besos, se consume.
Siempre ofrece sorpresas nuestro enigma interior,
y hay en cuanto escribimos un aroma sincero:
mi alma, que sabe las sendas del horror
y del Pecado, tiene su místico sendero.
Tú has hecho las estrofas de esta historia arbitraria
que tienen calentura de pasión,
no con los linos cándidos de tu vida diaria,
con las suntuosas púrpuras de la imaginación.

Yo recuerdo el encanto de tu dulce interior
lleno de intimidad y aromado de amor;
veo a tu trovador de las crenchas de armiño,

y la barba florida de bardo provenzal;
sé que tú eres su musa de los cabellos de oro,
y entre vuestros espíritus hay un ritmo sonoro,
lírico y dulce como las mieles del panal.
—En la hora más pura de vuestro hogar, María,
que tus hijas reciten alguna estrofa mía.—
María de la Paz: yo te ofrendo estas prosas,
en las que aroman juntos el laurel y las rosas,
pero sé que, a los lauros que brindo a tu talento,
tú prefieres las rosas, que son mi sentimiento.

LA CANCIÓN ERRANTE

PÁLIDA cantora de ojos dolorosos
que olvidas tu historia de negros dolores
y rimas un cuento de tristes amores
de tu arpa a los blandos sones melodiosos.

Bohemia doliente, pálida enlutada
que pides limosna cantando tu pena,
triste arrepentida, nueva Magdalena,
yo escuché una noche tu triste balada.

Tú gozaste un día del amor mundano,
sonaron tus risas en la loca orgía,
pero ya tu rostro perdió su alegría
y reir intentan tus labios en vano.

Ruiseñor doliente sin luz y sin nido,
como tú hay un alma que suspira inquieta:
el alma abatida de un triste poeta
que llora el fracaso de un sueño florido.

Triste enamorada de un sueño de amores
sumida en eterna noche luctuosa:
como tú mi alma, pobre dolorosa,
en vez de llorarlos, canta sus dolores.

EL MADRIGAL DE LOS OJOS

ENCADENADO al dolor,
amo el dolor de mi vida,
y la razón de este amor
está en tus ojos, Aida.

Tú me has dado la emoción
de la ingenuidad primera
y la florida ilusión
de una nueva primavera.

Mi alma canta esa canción
cristalina y aromada,
y yo rimo la tonada
con oro del corazón.

Y si acaso de mi vida
dejo una egregia memoria,
no es por amor a la gloria,
es por tus ojos, Aida.

La vida es triste y banal
y yo soy como un histrión
que canta con un puñal
clavado en el corazón.

Trunca la absurda fortuna
mis ensueños de poeta
y es mi visión igual que una
grotesca y triste pirueta.

Mas la gloria de este amor
cura mi melancolía
y derramo en mi dolor
oro de mi fantasía.

Que si aún no he echado la suerte
de mi existencia dolida,
no es por horror a la muerte,
es por tus ojos, Aida.

Tu cuerpo es ritmo y aroma,
y son dos mares en calma
tus ojos, donde se asoma,
como una estrella, tu alma.

Ojos de intenso mirar,
tus ojeras de pasión
son para mí sed de amar,
lirios de alucinación.

Tú ennobleces mi tristeza
y haces mi sendero amable,
enfermo de este incurable
anhelo de la belleza.

Galeote del dolor,
amo el dolor de mi vida,
y la razón de este amor
está en tus ojos, Aida.

AÑO NUEVO

I

Un año de penas murió en el horario.
Las preces mortuorias resuenan cercanas:
la fosa está abierta y en el campanario
por el año muerto lloran las campanas.

Su adiós le dan todos con melancolía,
pero a ver su entierro salen a las puertas
riendo y cantando. ¡Qué amarga ironía!
Se lleva consigo tantas almas muertas...

Envuelto en la bruma se pierde el cortejo.
Prosigue la fiesta, vibran las canciones;
ninguno se acuerda ya del año viejo,
nacen nuevas dichas en los corazones.

Brilla en el espacio la luna amarilla,
avanzan las horas brumosas de Enero.
En la vieja torre la corneja chilla
y aúlla en las calles un perro agorero.

II

Ya en el horizonte brilla temblorosa
la primera rosa del año naciente,
y el postrer lucero su luz dolorosa
apaga en el raso del cielo de Oriente.

Cesó en los hogares la nocturna orgía,
a misa del alba toca la campana,

olvidan los tristes su melancolía,
como una esperanza ríe la mañana.

¡Feliz año nuevo! Consuela al cansado
corazón que amargas decepciones lleva;
tú eres la luz blanca que al atormentado
ofrece los sueños de una ilusión nueva.

Da a la enferma virgen de frente de cera
un beso de vida, venturosa y sana,
y ofrece las rosas de tu primavera
a su frente pálida, nuestra flor temprana.

Da a los niños huérfanos de alma dolorida
dulces realidades, sueños de consuelo,
en su primavera que no odien la vida
y sientan nostalgias de volver al Cielo.

Tejamos los hilos de luz del ensueño,
y a los optimismos abramos las puertas.
¡Dios haga que el año que empieza risueño
no arrastre consigo nuestras almas muertas!

NOCTURNO PARISIENSE

(DE VERLAINE)

Sigue, sigue tu curso, triste Sena; tus puentes
ven pasar muchos muertos horribles, pestilentes
siempre cara a la luna, bajo la niebla gris
a cuyas tristes almas asesinó París.
Pero no arrastras tantos muertos como a mi mente
inspira pensamientos tu lúgubre corriente.

*
* *

Hay ruinas en la orilla del Tíber encantado
que hacen que el viajero viva todo el pasado,

cubiertas por los líquenes y por la obscura yedra
que empenachan su sueño milenario de piedra.
Ríe el Guadalquivir junto a los azahares
entre un son de boleros y de alegres cantares.
Oro tiene el Pactolo. La odalisca lasciva
danza a orillas del Bósforo como una llama viva.
El Rhin es un burgrave y un poeta el Lignon
y el Adour un rufián. La dormida canción
del Nilo, con su largo gemido misterioso,
arrulla de las momias el sueño fabuloso.
El gran Meschacebé de los juncos sagrados
augustamente besa los islotes dorados
o en Niágaras espléndidos su armonía desata
de espumas y fulgores en triunfal catarata.
Y el Eúrotas, en donde los cisnes familiares
nievan de blanca gracia los lauros tutelares
y bajo el claro cielo que un vuelo de gypaeta
raya, rítmico y dulce canta como un poeta.
Y en fin, el sacro Ganges de los altos palmares
lento y majestuoso junto a los templos lares
donde una muchedumbre aúlla lastimera
a compás de los secos címbalos de madera
a cuyo son, el tigre amarillo y rayado,

del salto del antílope presintiendo la hora,
en las vírgenes selvas se oculta agazapado
y parece, en la noche llena de paz, que llora...

***

Sena, tú nada tienes. Dos barrios deleznables
sembrados por doquiera de chozas miserables,
puestos de libros viejos y algún golfo que baña
su roña y los hieráticos pescadores de caña.
Mas cuando el día muere y se aleja el enjambre
medio muerto de sueño, de tristeza y de hambre
y el cielo se tachona de rojos resplandores,
de sus tugurios hórridos bajan los soñadores
y sobre el viejo Puente de la Cité, ante Nuestra
Señora, con la frente apoyada en la diestra,
oyendo de las aguas el sonoro lamento,
sueñan con las melenas y el corazón al viento.
Las nubes empujadas por el viento nocturno
cruzan, rojas y cárdenas, el azul taciturno
y en los reyes del pórtico el sol deja un reflejo
que es en la piedra añosa como un beso bermejo.

Anunciando la densa noche que se avecina
voltijea el murciélago y huye la golondrina.
Todo ruido se apaga. Acaso, un vago son
anuncia la ciudad que canta su canción
que al déspota acaricia mientras los tristes gimen:
es el alba del robo, del amor y del crimen.

*
* *

De repente, lo mismo que un tenor azorado
que exhala un estridente gallo desaforado
su grito que se queja, se prolonga y avanza
en no sabemos dónde, un organillo lanza.
Brama, acaso, algún aria ramplona y anacrónica
que de niños solíamos tocar en nuestra armónica
y que, triste o alegre, con su acento cansado
emociona al artista, conmueve al desterrado.
Es falso, es espantoso, es ratonero, es duro;
le pondría a Rossini enfermo, de seguro.
Es su queja ramplona y su queja risible
y siempre en una clave de sol inadmisible,

trocando en *la* los *do*, mas ¿qué puede importar,
si, al oirla, sentimos deseos de llorar?
Vuela el alma a un quimérico país de ensoñación
y siente a sus acordes un llanto de emoción
que el corazón sahuma de diáfana piedad
y en un punto vivimos la azul diafanidad,
y así, en una armonía misteriosa y fantástica
que siendo musical tiene mucho de plástica,
mezcla mi alma el sonido con la tarde muriente;
la pena de la música y el dolor del poniente.

***

Después, el organillo se va alejando. Crece
la sombra en el silencio y Venus aparece
en una nube blanca, sobre el confín obscuro;
se encienden los faroles ahilados junto al muro.
Y el astro y las luciérnagas temblorosas del gas
cabrillean fantásticas sobre el horror del río
de linfa espesa y pútrida, más denso y más sombrío
que el negro terciopelo del más negro antifaz.
Y sobre el barandal, el contemplador, pobre

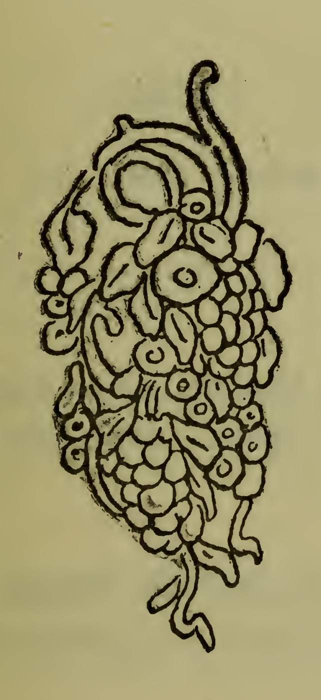
y roído por la vida cual moneda de cobre,
presa de un viento infausto, se inclina hacia el abismo
y olvidando sus sueños, ausente de sí mismo,
se encuentra entre las garras de la angustia más honda
¡a solas con París, con la Noche y la Onda!

*
* *

¡Siniestra trinidad! ¡Del horror negros puertos!
El *Mane-Thecel-Phares* de los ensueños muertos.
Sois las tres, oh siniestras, los monstruos del horror
tan terribles, que el hombre borracho de dolor,
Orestes sin Electra, por vuestro maleficio
¡no puede más! y rueda derecho al precipicio.
Las tres asesináis al pobre harapo humano
ansiosas de ofrecer carnaza al gran gusano,
y se duda, temblando, entre los tres horrores
si acaso es más tremendo morir por los terrores
de las tinieblas densas o en el río profundo
o en tus brazos, Sirena París, reina del mundo.

*
* *

Y tú, Sena impasible, deslizas tu corriente,
que cruza por París igual que una serpiente
monstruosa, caminando hacia lejanos puertos
con tu carga de hulla, de madera y de muertos.





LUJURIA

(DE ALBERT SAMAIN)

LUJURIA, negra fruta del árbol de la vida,
que encrespas los deseos, mortal fruta prohibida.

En medio del desierto del Tedio, áurea quimera
tu madre fué la noche, la enlutada ramera.

Bajo los siete velos tu fulgor ha brillado,
sangre de nuestra sangre, diamante del Pecado.

Gitana bruja que haces un bebedizo ardiente
que el alma nos consume, vampiro de la mente.

Lujuria, yo saludo a tu oculto y profundo
imperio, Mariposa de las sombras del mundo.

*
* *

Lujuria, apoteosis del sexo en esplendor,
diamante del estupro, manto del impudor.

Desnudez femenina... jardín rosa y sensual,
¡el alma llora en vuestro paraíso artificial!

Cabelleras corvinas, negras crenchas al viento,
de los negros aromas sombrío encantamiento.

Grandes olas de sangre, lágrimas y caricias,
eléctricos transportes preñados de delicias.

Caricias de los nervios... ¡Lo eterno en un momento!
—en la boca, en los ojos—hasta el enervamiento.

Labios de llama... El beso que muerde, el beso fuerte
y cruel... Lecho de amor hondo como la muerte.

Música de las flores... Arrobo ante la amada:
música del Silencio en el arpa encantada.

Lujuria, yo saludo tu oculto y muy profundo
misterio. Estrella roja sobre el cielo del mundo.

*
* *

Lujuria, negros áspides en la entraña dormidos,
los deseos se clavan cual puñales buídos.

Ponzoña embriagadora de las horas nefastas,
súcubo, visitante de las doncellas castas.

Aguijón del insomnio y copa de beleño
que crea formas lúbricas sobre el lienzo del sueño.

Llama que hace temblar y hielo que hace arder,
establo donde muge la bestia del placer.

Lujuria, yo saludo tu oculto y muy profundo
sentido, ojo de fuego clavado sobre el mundo.

***

Visiones suntuosas de tierras tropicales,
reyes indios con plumas y ritos ancestrales.

Palacios junto al Ganges, jardines lujuriantes,
con lagos de perfumes y flores enervantes.

Flores igual que pechos de mujer, bayaderas
que danzan con un áspid en torno a las caderas.

Germinal monstruoso del tórrido Ecuador,
las cantáridas vuelan en el hondo sopor.

Vértigo de perfumes acres y lujuriosos,
luna de sangre sobre pantanos venenosos.

Lujuria, yo saludo tu oculto y muy profundo
influjo, ídolo negro y terrible del mundo.

*
* *

Tiara de los Césares con alma de ramera,
collar de las hetairas de roja cabellera.

Emperatriz de ritmos, pantomimas y bailes
—la Tentación que araña la carne de los frailes—.

Sueño de los Emperadores voluptuosos,
entre mármoles, junto a sus tigres suntuosos.

Flor húmeda de sangre, suplicios y caricias;
dulce muerte aspirada en cáliz de delicias.

La Decadencia pasa por tus arcos triunfales
y mueren los magníficos Imperios orientales.

Apoteosis carnal de ritos tenebrosos,
religión de los sabios erotismos grandiosos.

Lujuria, yo saludo tu oculto y muy profundo
arcano, lepra de oro fascinante del mundo.



Lujuria, rosa roja, clavel de sangre y llama,
abismo de la carne triste y sensual que ama.

Viña de los deleites inefables, licor
del sexo, que nos hace olvidar el dolor.

Cordial del mal amor, bálsamo del rencor,
posada para los remeros del amor.

La Eternidad gozada en la hora pasajera,
fuente viva en que bebe al pasar la Quimera.

Tú haces temblar al héroe y valiente al miedoso,
opio para el esclavo, perra para el leproso.

Hierba de media-noche de maleficios ciertos,
a tu nombre aun palpitan en sus tumbas los muertos.

Espléndido bajel de las grandes orgías,
con su estela de lágrimas y de melancolías.

Loca cabalgadura que corre desbocada
con un jinete ebrio y ciego hacia la Nada.

Lago turbio de azufre en cuyo fondo asoma
la torre de Gomorra y el jardín de Sodoma.

Torre negra del brujo que, con su infame rito,
en sus círculos ígneos conjura al infinito.

La satánica sed del pecado mortal,
abismo, sol sin sombras e infinita espiral.



Lujuria, sangre nuestra, médula de la vida;
ujuria, último amor fatal que se suicida.

Bodas en lo Absoluto y espasmo en la unidad,
cielo rojo y eterno para la humanidad.

Virgen de oro y de sangre, virgen consoladora,
virgen por siempre virgen, virgen devoradora.

Ciudad de fuego, filtro de olvido, arcano eterno,
virgen maldita, ¡Nuestra Señora del Infierno!

Lujuria, yo saludo tu oculto y muy profundo
poderío, Inmortal Emperatriz del mundo.



LA ROSA DE SAN JUAN

En la noche de San Juan,
a la clara luna llena,
buscan flores en el bosque
las doncellas.

Campanitas de San Juan,
las doce dan;
por los senderos agrestes
van las huestes
del murciélago Satán.

En la noche de San Juan las hechiceras
por el bosque buscan hierbas misteriosas
y las jóvenes parejas trenzan danzas armoniosas
—baile y rito—al resplandor de las hogueras.

«Campanitas de San Juan,
disipad las negras penas,
que quiero pasar la noche
con una niña morena.»

En el campanario
lágrimas de bronce desgrana el horario.

Vuela un buho nigromántico, chilla una sabia corneja.
Busca un brujo en su grimorio sus recetas tenebrosas,
y hay una casa encantada en una obscura calleja
que se llena, al dar las doce, de visiones pavorosas.

Son las rondas de los muertos
que a la tierra bajarán
a celebrar el milagro
de la noche de San Juan.

Sílfides azules, barbudos enanos,
jas salamandras y ondinas cantoras,
unidas las manos
por el bosque van
y alegres cuentan las horas
de la noche de San Juan.

«Si quieres a tu amante
ver entre sueños,
debajo de tu almohada
guarda un espejo.»

Y le verás,
orque está florecida de milagros
la noche de San Juan.

La Leyenda ha pasado por los bosques
con la sien de verbenas coronada;
la Leyenda ha pasado por mis sueños,
divina encendedora de esperanzas.

A la orilla de un arroyo
está la Seca enlutada;
hasta que despunte el día
no cogerá su guadaña.

Quema la flor del helecho
sobre un lino virginal;
coge la flor de verbena
en la noche de San Juan.

Grande como los reyes, rico como los Cresos,
poderoso y magnífico serás.
La noche de San Juan llena está de virtudes
de un poder sobrenatural.

Con fragancias de leyendas está la noche aromada;
trazan las constelaciones milenarias profecías.
Todo está escrito en los cielos y el hombre no sabe nada,
unido a la noria absurda de los días y los días...

En la noche de San Juan, para el que sepa entenderlas,
las palabras del Misterio cantarán himnos triunfales;
las ondinas nos dirán el encanto de las perlas
y las sílfides las magnas sinfonías siderales.

Y las ígneas salamandras revelarán los arcanos
por que el fuego purifica y es cruel como el dolor,
y con sus barbas de plata los patizambos enanos
bailarán alegres danzas de una encina alrededor.

Son los gnomos, que trabajan en sus cuevas misteriosas
y conocen el enigma de las formas floreales,
que ponen fuego del sol en la sangre de las rosas
y la nieve de la luna en los lotos ideales.

Ignorados alquimistas, fabulosos lapidarios,
con el sol y con el agua hacen mágicos joyeles
y elaboran en sus grutas fabulosos incensarios
con perfumes de azahar s, de jazmines y claveles.

El alma abierta al prodigio sabrá todos los misterios
que en el bosque, al dar las doce, revelados le serán;
lo trazarán mil estrellas, lo cantarán mil salterios,
si encuentra la rosa mágica de la noche de San Juan.

INDICE

I N D I C E

Páginas.

OTROS POEMAS

I N D I C E



Precio: 4,00 pesetas.



